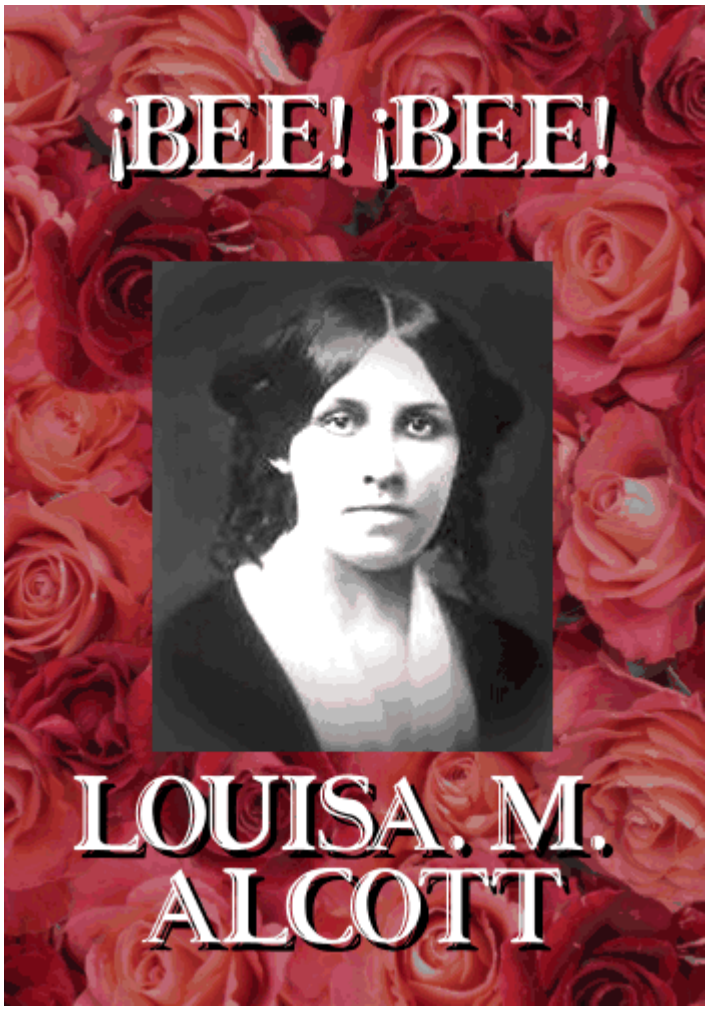
LIBRO dot.com

¡BEE! ¡BEE!

LOUISA. M. ALCOTT

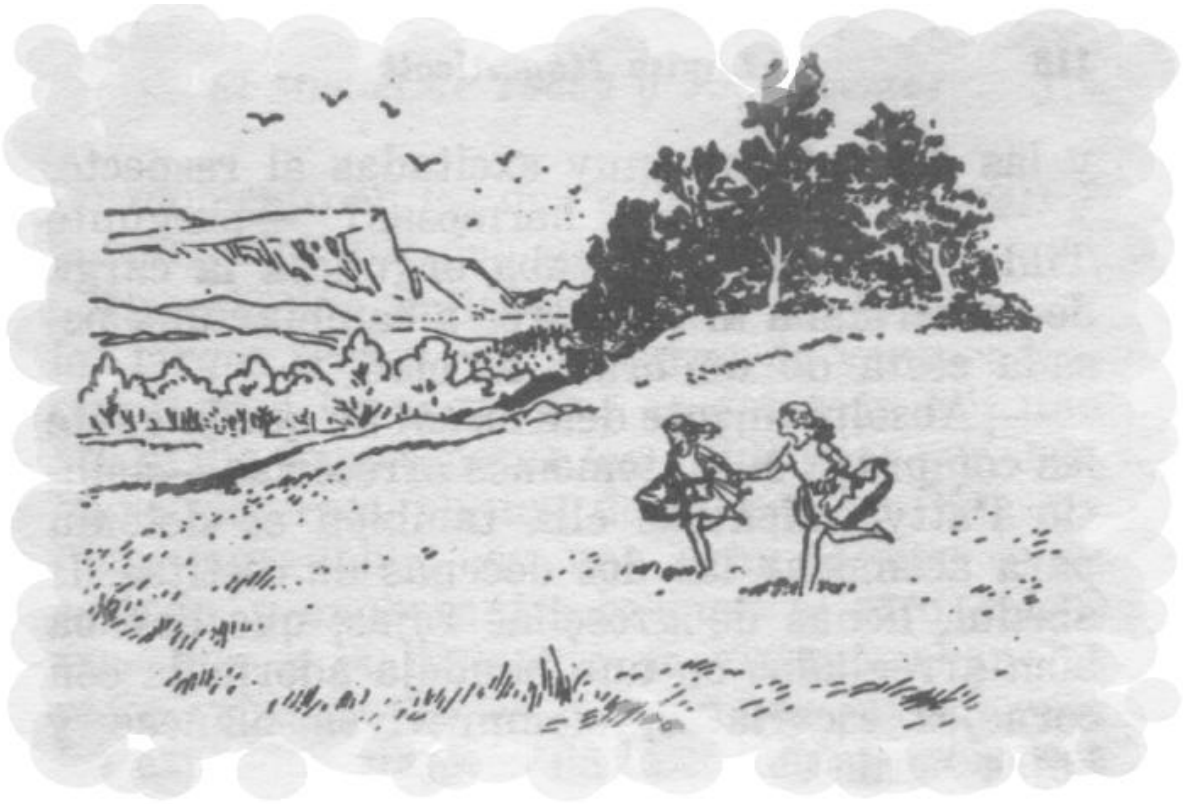


Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Bee Primero

Aquellas dos niñitas harapientas, que trotaban colina abajo dejando atrás una nube de polvo, no parecían heroínas ni mucho menos. Tenían los pies descalzos, arañados y sucios; las manos rojas por las manchas de fresas, y sus caras pecosas brillaban de calor bajo sus sombreros. Pero Patty y Tilda se disponían a cumplir una buena acción, y absortas en su misión se dirigían presurosas a la estación, donde venderían fresas.

Sus lenguas se movían con tanta rapidez como sus pies, pues aquélla era una gran expedición y las dos estaban muy excitadas al respecto.



-¿No te parecen hermosas? -preguntó Tilda, mientras observaba orgullosa la carga de su hermana al detenerse a cambiar una pesada cesta de un brazo al otro.

-¡Absolutamente deliciosas! Sé que la gente las comprará si no tememos ofrecerlas -asintió Patty, mientras ella también se detenía para acomodar las dos docenas de cestitas de abedul, llenas de grosellas rojas, que llevaba bien arregladas en una bandeja adornada con cornejos escarlatas, siemprevivas blancas y hojas verdes.

-Yo no temeré... Iré sin detenerme y gritaré bien fuerte, ya verás. Tengo que conseguir nuestros libros y botas para el próximo invierno, así que no dejes de pensar qué lindos

serán y sigue adelante -dijo la intrépida Tilda, que encabezaba la expedición.

-Date prisa... Quiero tener tiempo para regar los ramilletes, así estarán frescos cuando llegue el tren. Espero que en él vengan muchos niños, que siempre quieren comer, según dice mamá.

-¡Qué malvada fue Elviry Morris al ir a vender al hotel más barato que nosotras, y arruinar así nuestra venta ! Sin duda deseará haber pensado en esto cuando le contemos lo que hicimos aquí.

Y ambas niñas rieron satisfechas mientras avanzaban trabajosamente, sin pensar ni por un momento en los dos kilómetros calurosos y polvorientos que debían recorrer.

La estación hallábase fuera de la aldea, y los largos trenes con su carga de veraneantes que iban a las montañas se detenían allí. una vez al día para esperar las diligencias que iban hacia diversos puntos de la región. Era un lugar agradable, con una gran laguna a un costado, y exuberantes bosques al otro, mientras que a la distancia se vislumbraban los picos grises y verdes laderas que invitaban a los cansados viajeros de la ciudad a acercarse a ellos y reposar.

Todos parecían satisfechos al bajar durante los diez minutos de parada, aunque su viaje no hubiera concluido todavía; y mientras tanto gozaban del aire puro proveniente de la laguna, o presenciaban la carga de las diligencias, Tilda y Patty se proponían ofrecer sus tentadoras cestitas de frutas y flores frescas. Era un gran esfuerzo, y sus corazones latían de esperanza y temor infantiles al llegar a la vista de la estación, donde no se veía a nadie, salvo a los joviales conductores de diligencias, que descansaban a la sombra.

-Hay tiempo de sobra. Vamos a lavarnos y beber un trago de agua en la laguna; la gente no nos verá detrás de esos vagones -propuso Tilda, deseando ocultarse hasta la llegada del tren, puesto que aún su valor parecía abandonarle al aproximarse el momento culminante.

En una vía lateral, un largo tren de ganado esperaba el paso del otro ; y mientras las niñas hundían los pies en el agua fresca o bebían de sus manos, un sonido lastimoso llenó el aire. Cientos de ovejas, que apretujadas en los vagones sufrían agonías a causa del polvo, el calor y la sed, asomaban sus pobres hocicos entre los barrotes, balando frenéticas, pues el ver tanta agua, tan cercana y al mismo tiempo tan imposible de alcanzar, las enloquecía. Las que estaban más alejadas y no alcanzaban a ver el lago azul, podían olerlo, y repetían el grito hasta despertar ecos en el bosque, al punto que los mismos conductores indiferentes comentaron compadecidos

-Este día caluroso resulta duro para los pobres animales, ¿no?

-¡Oh, Tilda, óyelas balar y mira cómo se agrupan de este lado para llegar al agua! Llevémosles un poco en nuestros jarros. Tener sed es espantoso -exclamó la bondadosa Patty, mientras llenaba su jarro y corría a ofrecerlo al más cercano de aquellos hocicos estirados.

Una docena de lenguas sedientas intentaron lamer el agua de modo que en el forcejeo el jarrito no tardó en quedar vacío pero Patty corrió en busca de más y Tilda hizo lo mismo, tan excitadas ambas por la situación de los animales, que no oyeron el silbato lejano del tren y siguieron corriendo de un lado a otro, en su piadosa labor, sin preocuparse por sus pies fatigados, sus caras calenturientas y las preciosas flores que se marchitaban al sol.

Tampoco vieron a un grupo de personas que, sentadas allí cerca, bajo los árboles, las observaban y escuchaban su ansiosa conversación con sonriente interés.

-¡Corre, Patty, esta pobrecita está media muerta ! Echale un poco en la cara mientras yo impido a esta grandota que siga pisándola. ¡Dios mío, cuántas son! ¡No podemos ayudar ni a la mitad, y nuestros jarros son tan pequeños!

-Ya sé lo que haré, Tilda; volcaré las fresas en mi delantal y traeré bastante de una sola vez -gritó Patty, medio trastornada por la compasión.

-Arruinarás tu delantal y aplastarás las fresas, pero no importa. Lo mismo me da que no vendamos ni una, si podemos ayudar a estos pobre animalitos -repuso la enérgica Tilda, mientras se internaba en la laguna hasta los tobillos para llenar el balde, mientras Patty amontonaba la fruta en su delantal a cuadros.

-¡Oh. qué lástima! ¡Viene el tren! -exclamó esta última, cuando una penetrante pitada despertó ecos y se oyó un retumbar cada vez más cercano.

-Pues que venga... No abandonaré a esta ovejita hasta que mejore. Ve y vende la primera parte; yo iré en cuanto pueda -ordenó Tilda, tan atareada reviviendo al animal exhausto, que no podía detenerse ni siquiera para dar comienzo al plan acariciado.

-No me atrevo a ir sola; ven a ofrecer, que yo sostendré la bandeja -tembló la pobre Patty, muy atemorizada al llegar el tren con una cabeza en cada ventanilla.

-No seas chiquilla... Entonces quédate a trabajar aquí, que yo iré a vender todas las cestas. Tan enojada estoy por estas pobrecitas, que no temo a nadie -proclamó Tilda, arrojando agua por última vez entre las pocas ovejas favorecidas, antes de recoger la bandeja y dirigirse al andén. Estaba acalorada, mojada y harapienta, pero tenía el corazón colmado de la justa ira y tierna compasión que pretenden remediar la mitad de los males de este mundo enorme.

-¡Oh, mamá, fíjate en esas lindas cestitas! Cómprame algunas, que estoy muy sediento y cansado -exclamaron, ansiosos, más de un pequeño viajero, al oír que Tilda, bandeja en alto, gritaba con valor:

-¡Fresas frescas! ¡Fresas frescas! ¡Diez centavos! ¡Solamente diez centavos!

Las vendió a todas en diez minutos, y de haber estado Patty con ella, podría haber vaciado su balde antes de la partida del tren. Pero la otra pequeña samaritana estaba en plena labor, y cuando su hermana se reunió

con ella mostrándole orgullosa un puñado de plata, ella a su vez, más orgullosa aún, le mostró a su lanudo inválido que mordisqueaba débilmente el pasto de su mano.

-Podríamos haber vendido hasta la última... A la gente les gustaron muchísimo, y la próxima vez traeremos cada una dos docenas de cestas. Pero tendremos que andar despiertas, porque algunos niños pretenden elegir la que más les gusta. ¡Es divertido, Patty! -aseguró Tilda, mientras sujetaba las preciosas monedas en una punta de su pañuelito deshilachado.

-Y esto también -repuso la otra, con una última palmada cariñosa en el hocico de su paciente, al tiempo que el tren se ponía en movimiento, -y pasaba ante ellas un vagón tras otro de sufrientes ovejas, entre lamentos lastimeros y vanos esfuerzos por alcanzar el agua que tanta falta les hacía.

La pobre Patty no pudo soportarlo. Estaba acalorada, fatigada y descontenta por poder hacer tan poco, y cuando sus ojos compasivos perdieron de vista aquella carga de desdicha, no pudo hacer otra cosa que sentarse a llorar.

Pero Tilda protestaba mientras volvía a guardar cuidadosamente en el balde las fresas no vendidas, sin haber notado todavía la presencia de aquellas personas junto a la laguna,

tras los arbustos.

-Es la cosa más perversa que he visto en mi vida, y ojalá fuera un hombre, así podría ponerle remedio. Encerraría en esos vagones a todos los del ferrocarril durante horas y horas y horas, sin dejar de pasar frente a lagunas, y además pondría helados donde no pudieran alcanzarlos, y muchos abanicos, y otras personas bien frescas y cómodas, sin importarles nada de su calor, su cansancio y su sed. ¡Sí que lo haría! Y entonces veríamos si les agrada.

Aquí la indignada Tilda tuvo que detenerse para tomar aliento, y sé reanimó chupándose el jugo de fresas de los dedos.

-Tenemos que hacer algo al respecto... Nunca seré feliz pensando en esas pobres ovejitas que van tan lejos sin agua alguna. Tener sed es terrible -sollozó Patty, mientras se bebía sus propias lágrimas.

-Si tuviera una manguera, vendría todos los días a regar esos vagones; así remediaría algo. De cualquier manera, traeremos el otro balde grande y echaremos toda el agua que podamos -propuso Tilda, cuyo activo cerebro siempre estaba dispuesto a ofrecer planes.

-Entonces, no venderemos nuestras fresas -comenzó Patty, abatida, pues todo el mundo se le presentaba entristecido por lo que acababa de ver.

-Vendremos temprano y trabajaremos duro hasta que llegue el tren. Entonces yo venderé mientras tú sigues regando con los dos baldes. Es un trabajo duro, pero podremos turnarnos. ¿Qué podemos hacer con todas estas fresas?

Las de abajo están aplastadas, así que las comeremos nosotras, pero éstas están bien... Solamente que, ¿quién va a comprarlas? -se preguntó Tilda, mientras observaba el delantal estropeado y las frutas recogidas con tanto cuidado bajo el sol.

-Yo -dijo una voz agradable, al tiempo que una mujer joven salía de entre los arbustos, tal como el hada buena se aparece a las doncellas en los antiguos cuentos.

Ambas niñas, sobresaltadas y extrañadas, se sintieron llenas de confusión cuando asomaron otras cabezas,, y un robusto caballero se les acercó, sonriéndoles con tanta cordialidad que no temieron.

-Estamos merendando en el bosque y nos gustaría tener esas lindas fresas para el almuerzo, si quieren venderlas -declaró la dama, mientras tendía una bonita cesta.

-Claro que sí, señora. Puede llevárselas toda. Como están un poco aplastadas, no pediremos más que diez centavos el kilo, aunque pensábamos obtener doce -declaró Tilda, que era una verdadera yanqui y tenía aptitudes comerciales.

-¿Qué cobran por dar agua a las ovejas? -preguntó el caballero robusto, mirando bondadosamente a Patty, quien se retiró enseguida a las profundidades de su sombrero, como un caracol en su caparazón.

-Nada, señor... ¿No fue horrible ver a esos pobres animales? Eso es lo que la hizo llorar. Tiene un corazón tierno de veras, y no pudo soportarlo; por eso abandonamos las fresas e hicimos cuanto pudimos -repuso Tilda, tan seria que parecía bonita pese al tostado, las pecas y el polvo.

-Sí, fue muy triste, y debemos ocuparnos de eso. Aquí tienen algo a cambio de las fresas y también por el agua -anunció el caballero, mientras arrojaba un brillante medio dólar en el regazo de Tilda y otro en el de Patty, como si estuviera habituado a distribuir dinero de manera tan placentera.

Las niñas no supieron qué decirle, pero sonrieron encantadas a todos, y contemplaron

las monedas de plata como si fueran muy preciadas para ellas.

-¿Qué harán con esas monedas? -preguntó la mujer, en ese tono amistoso que siempre obtiene pronta respuesta.

-Pues, estamos ahorrando para comprar libros y botas de goma y así poder asistir a clase el invierno que viene. Vivimos a dos kilómetros de la escuela, de manera que gastamos muchos zapatos y nos resfriamos cuando llueve. La primavera pasada tuvimos "plumonía" y mamá dijo que necesitábamos botas de goma y que podríamos ganárnoslas en la época de las fresas -se apresuró a responder Tilda.

-Sí, y ella es muy lista, pasará de grado y le hacen falta libros nuevos, que cuestan tanto, y como mamá no es rica, los compramos nosotras mismas -agregó Patty, olvidada de su timidez eh su orgullo por su hermana.

-¡Qué valerosas!... ¿Cuánto hará falta para las botas y los libros? -inquirió la dama, con una mirada al anciano caballero, que comía fresas de su cesta.

-Creo que tanto como cinco dólares... Queremos comprar un chal a mamá para que pueda ir a las reuniones. Es un secreto, y todos los días recogemos fresas con mucho ahínco, porque no duran mucho -explicó Tilda con sabiduría.

-A ella se le ocurrió venir aquí... Estábamos tan apenadas por haber perdido nuestro puesto eh el hotel, que no sabíamos qué hacer, hasta que Tilda imaginó este plan. Yo lo considero espléndido -y Patty contempló su medio dólar con inmensa satisfacción.

-No arruines el plan, Alice. Pasaré todas las semanas mientras tú estés aquí, y me aseguraré de su éxito -asintió el caballero, para agregar en voz más alta-: Estas fresas son muy buenas; quiero que día por medio lleven cuatro kilos a la granja de Miller, que está allá. ¿La conocen?

-¡Sí, señor! ¡Sí, señor! -respondieron dos voces anhelantes, pues las niñas imaginaron que estaba a punto de descargarse una lluvia de medios dólares.

-Yo vengo todos los sábados y parto los lunes, y las buscaré aquí. Pueden dar tanta agua como gusten a las ovejas. Les hace falta, pobres bestias -agregó el anciano.

-¡Lo haremos, señor, lo haremos! -exclamaron las pequeñas, con tales expresiones de gratitud inocente y buena voluntad, que la joven señora se inclinó y las besó a las dos.

-Ahora debemos partir, querida, para no hacer esperar más a nuestros amigos -anunció el caballero, volviéndose hacia las cabezas que aún se movían entre los arbustos.

-¡Adiós, adiós!... ¡No olvidaremos las fresas ni las ovejas! -gritaron las niñas, mientras agitaban el delantal manchado como un estandarte y mostraban todos sus blancos dientes en las sonrisas de placer que dedicaban a sus nuevos amigos.

"Ni yo a mis corderitos" -se dijo Alice, al tiempo que seguía a su padre en dirección al barco.

-¡Qué dirá mamá cuando se lo contemos y le mostremos tanto dinero! -exclamó Tilda, mientras echaba los centavos en su regazo y, arrobada, hacía tintinear los medios dólares antes de guardarlos de nuevo.

-Ojalá no nos roben durante el regreso a casa... Será mejor que los guardes en tu pecho; si no, alguien podría verlos -sugirió la prudente Patty, oprimida por la responsabilidad de tanta riqueza.

-¡Allá va el barco! -exclamó Tilda-. ¿No te , parece hermoso? Y esas son las personas más simpáticas que he visto en mi vida.

-Ella es de lo más elegante... Ojalá tuviera yo un vestido blanco y un sombrero como

ese. Cuando me besó, sentí en la mejilla esa pluma larga, tan suave como el ala de un ave, y su cabello era rizado como el retrato que recortamos del diario -agregó Patty, mientras seguía el barco con la vista, como si le resultara delicioso aquel toque de misterio en su vida de trabajo.

-Deben ser muy ricos para querer tantas fresas... Tendremos que darnos prisa para recoger bastantes para ellos y los pasajeros del tren. Vamos ahora mismo a ese sitio denso que dejamos esta mañana; si no, Elviry es capaz de adelantársenos -propuso la práctica Tilda, mientras se incorporaba dispuesta a aprovechar la ocasión.

Pero ni una ni otra soñaban siquiera en la cosecha que obtendrían ese verano, debida toda a su prontitud en responder a aquellos lastimosos balidos.

Bee Segundo

Siguió una semana de mucho trabajo y calor, pues las fresas eran entregadas puntualmente en la granja y éxitosamente vendidas en la estación, y, lo mejor de todo, las ovejas recibían toda el agua que podían reunir dos baldes y dos niñitas. Todos los demás las olvidaron. El señor Benson estaba muy ocupado en la ciudad lejana; la señorita Alice pasábase el día paseando, navegando y merendando, y los hombres del depósito no tenían órdenes de cuidar a las pobres bestias. Pero Tilda y Patty nunca las olvidaron, y bajo la lluvia o el sol, allí estaban a la llegada del tren, esperando hacer cuanto podían, con sus baldes colmados, manojos de pasto o ramas verdes, para reconfortar a los sufrientes viajeros en los que nadie pensaba.

Los toscos conductores de diligencias se reían de ellas; los guardafrenos las echaban, y el jefe de estación afirmaba que eran unas, "tontitas", pero nada desanimaba a las pequeñas hermanas de caridad, a quienes no tardaron en dejar tranquilas. Sus brazos se cansaban de levantar los baldes; les dolían las espaldas de tanto transportar agua, y su madre no les permitía ponerse otra cosa que sus ropas más viejas para esa tarea, de modo que sufrían lo suyo, pero cumplían con valor y sin esperar agradecimiento alguno.

Cuando llegó el sábado y la señorita Alice fue al' encuentro de su padre, recordó a las niñas y las buscó. Allá en la granja saboreaba sus fresas y ordenaba que se las pagaran inmediatamente, pero cuando llegaban las niñas estaba dormida o ausente, de manera que no las había visto. Al ver a Patty que cubría apresurada su vestido viejo con un delantal limpio mientras con su bandeja de frutas esperaba la llegada del tren, la joven señora bajó del coche y fue en busca de la niña, para preguntarle sonriente

-¿Dónde está tu hermana, la de los ojos negros? Espero que no esté enferma...

-No, señora; está dando agua a las ovejas. Como es tan vigorosa, lo hace mejor que yo, mientras vendo las cestitas -explicó Patty, secretamente satisfecha por haber ocultado sus harapos bajo el delantal descolorido pero limpio.

-¡Ah, yo olvidé a mis corderos, pero ustedes, almitas bondadosas, fueron fíeles a los suyos! ¿Lo han hecho todos los días?

-Sí, señora. Mamá dijo que si lo prometíamos, debíamos hacerlo, y además nos gusta. Sólo que son demasiadas, y nos cansamos mucho -agregó Patty, frotándose los brazos

Librodot

como si le dolieran.

-Hoy mismo hablaré con papá al respecto... Será una buena ocasión, pues el presidente del ferrocarril, el señor Jacobs, viene a pasar el domingo, y deberán hacer algo por esas pobres bestias -declaró Alice, avergonzada al verse sobrepasada por dos niñitas.

-Será lindo... Leímos un artículo en un diario que nos prestó el maestro, y yo lo traje para mostrárselo al señor Weed, el encargado del depósito. El dijo que era una pena, pero que nadie podía evitarlo, así que pensamos hablarle acerca de la ley que descubrimos -continuó Patty, mientras sacaba del bolsillo un gastado ejemplar de "Nuestros Amigos los Animales", a fin de mostrar el párrafo en cuestión a esa amiga todopoderosa que conocía al rey de los ferrocarriles.



La señorita Alice leyó lo siguiente:

"Una ley del Congreso dispone que al concluir cada viaje de veintiocho horas, los animales tengan cinco horas de descanso, durante cuyo transcurso se les proporcionarán agua y alimentos, a menos que viajen cargados en vagones que cuenten con comodidades adecuadas para el cuidado del ganado."

-¡Ahí tiene! -exclamó Patty-. Esa es la ley, y mamá dice que estas ovejas vienen de muy lejos y habría que darles agua. Cuénteselo al presidente y pídale que se ocupe de ello... Había otro artículo acerca de unos pobres cerdos y vacas que se pasaban noventa y dos horas sin agua ni alimentos. Era terrible.

-Se lo diré... Aquí viene tu tren; corre con tus fresas. Yo iré en busca de papá y le mostraré esto.

Mientras hablaba Alice, el tren entró ruidosamente en la estación, y a ello siguió un bullicio durante el cual Patty estuvo demasiado atareada para ver qué pasaba.

Bajaron el señor Benson y otro anciano robusto, y apenas recibió un beso del primero, la señorita Alice dijo con suma seriedad:

-Esperen un poco, por favor; antes de ir a casa quiero arreglar un asunto muy importante.

Y mientras el caballero escuchaba con indulgencia, le contó la historia, le mostró la nota del periódico y, señalando a Patty, agregó apasionadamente:

-Esa es una de las buenas niñas. Venga a ver a la otra, y estará de acuerdo conmigo en

Librodot

que habría que hacer algo para aliviar sus bondadosos corazones y sus brazos, ya que no por compasión hacia los animales, que en este caso no pueden llamarse sordos; somos nosotros quienes hemos, estado sordos mucho tiempo.

-Mi hija es muy voluntariosa y se saldrá con la suya. Venga a tomar un poco de aire, Jacobs -invitó Benson, mientras cruzaba los rieles en pos de su hija, satisfecho por alejarse de tanto trajín.

Sí; allí estaba Tilda, trabajando con tanta energía, que no se atrevieron a acercarse, sino que permanecieron un momento observándola, risueños. Tenía al lado dos baldes de agua, y con un cucharón de largo mango servía a cuantos lograba alcanzar. A los que estaban apretujados en la ringlera superior, apenas alcanzaba a refrescarlos con un certero chapuzón, bien recibido por todos. .. , pues aunque la misma Tilda se empapaba bien, no le importaba, ya que el día era caluroso.

-Es bien poca cosa, pero es la taza de agua fresca que nosotros olvidamos -murmuró con suavidad la señorita Alice, mientras el aire se llenaba de lamentos de las bestias sedientas .a la vista del lago azul.

-Jacobs, debemos ocuparnos de esto.

-Lo haremos, Benson. Me ocuparé del asunto e informaré en la próxima reunión.

Nada más dijeron, pero Alice, sabiendo que se llevaría a cabo, palmoteó y sonrió como un rayo de sol a los dos ancianos, que poco después sacudieron las cabezas grises al contemplar la partida del largo tren, expresando así tanta decisión como piedad.

Pronto lo siguió el otro tren, y Patty llegó corriendo, con su bandeja vacía y un puñado de monedas, a reunirse con Tilda que, agotada, se había sentado sobre su balde dado vuelta.

-Papá se ocupará del caso, niñas, y gracias a ustedes, las ovejas no tardarán en estar más cómodas -declaró la señorita Alice al reunirse con ellas.

-¡Qué lindo! Ojalá lo hagan pronto; hace tanto calor que hoy hubo varias muertas sin que pudiera evitarlo -repuso Tilda, mientras se abanicaba con su gorro y se enjugaba el sudor de la cara enrojecida.

La señorita Alice sacó del bolsillo un bonito abanico de paja, que le entregó, mirando respetuosa a la pequeña que tan bien cumplía su deber.

-Cuando vengan a la granja, esta noche, pregunten por mí. Tendré algunos sombreros y delantales para ustedes, y además, quiero conocerlas mejor -declaró al recordar los sombreros de ala ancha y los delantales listos para vestir de la tienda de la aldea.

-i Gracias, señora!... Iremos. Ahora que no tendremos que mojarnos con esta tarea, quisiéramos estar limpias y aseadas -agradeció Patty.

-¿Siempre venden aquí sus fresas? -inquirió Alice, mientras observaba cómo guardaba Tilda las monedas.

-Por cierto, y podríamos vender más si fuéramos las dos... Pero mamá dijo que estábamos ganando dinero a manos llenas, y que no nos convenía enriquecernos demasiado pronto -repuso Tilda con sabiduría.

Los dos ancianos caballeros llegaron justo a tiempo para oír el discurso de Tilda.

-Nos conviene recordar eso, Benson, especialmente ahora, para no fijarnos demasiado en esta pequeña mejora en nuestros vagones de ganado -comentó el presidente del ferrocarril.

-Su madre es una mujer admirable; debo ir a visitarla -agregó el señor Benson.

-Sí, lo es, señor. Con placer lo recibirá en cualquier momento -repuso Tilda, poniéndose de pie, respetuosa, al verse interpelada por sus mayores.

-¿Así que se están enriqueciendo demasiado? En tal caso, ¿no podré pedirles que inviertan en mi nombre esta suma en su negocio? -inquirió el señor Jacobs, mientras les ofrecía dos dólares de plata como si le avergonzara.

Resplandecieron los ojos de las hermanas, y Patty tendió la mano involuntariamente, como .si pensara en cuántas cosas podía comprar con tanto dinero.

-¿Bastarán para comprar un cordero? ¿Y a usted le gustaría que lo empleáramos de esa forma? -preguntó Tilda en tono formal.

-Creo que Miller les venderá uno por esa suma, si es la señorita Alice quien cierra el trato, y a mí me gustaría mucho empezar- a reunir un rebaño, si ustedes aceptan ocuparse de ello -repuso Jacobs, con un risueño saludo a la joven, que parecía comprender esa forma de negociar.

-¡Cuánto nos agradaría! Durante todo el verano quisimos un cordero, y, tenemos una linda pradera rocosa, para que viva en ella, con cantidad de poleo, bayas y un arroyuelo.. . Ahora que estamos tan ricas, podríamos comprar uno por nuestra cuenta, pero preferimos adquirir más cosas para mamá y reparar el techo antes de que caiga nieve. Es tan viejo, que a veces llueve sobre nuestra cama.

-Eso es malo, pero ustedes parecen aficionadas al agua y se diría que les cae bien -comentó el señor Jacobs, mientras tocaba el delantal empapado de Tilda con su bastón.

Todos rieron y el señor Benson, consultando su reloj, manifestó:

-Ven, Alice; debemos partir. Quiero cenar, y Jacobs también. Adiós, brujitas del agua; ya nos volveremos a ver.

Mientras los demás se alejaban, Patty preguntó:

-¿Te parece que recordarán los corderos, los sombreros y todo lo prometido?

-No lo creo... Los ricos suelen estar tan ocupados pasándolo bien, que se olvidan de los pobres -repuso Tilda, sacudiendo la cabeza como un pequeño Salomón.

El señor Benson, que oyó hasta la última palabra, susurró:

-¡Bendito Dios, qué niña más perspicaz! No debemos decepcionarla, así que, Alice, recuérdame anotar este asunto.

-El presidente es un hombre muy simpático, y sé que cumplirá su palabra. ¡Fíjate! ¡Sin que lo vieran, echó dinero en mi bandeja! -exclamó Patty, mientras se apoderaba de los dólares como un petirrojo de un gusano.

-¡Vaya elogio para mí!- Bien vale la pena. Tanta confianza es muy bella -rió Jacobs.

-Bueno; hemos aprendido una pequeña lección, y yo la tomaré tan a pecho que no permitiré que la olvide ninguno de ustedes -agregó Alice al partir, mientras Tilda y Patty emprendían el regreso a casa, sin saber que acababan de dar un ejemplo que sus mayores no se avergonzaban de seguir.

Después de esto, sucedieron tantas cosas deliciosas que las hermanas creyeron verse en medio de un cuento de hadas. Antes que nada, esa misma noche les regalaron dos bonitos sombreros de paja y cuatro útiles delantales. El día siguiente, la señorita Alice fue a visitar a la madre y descubrió que era una mujer excelente, que se esforzaba por educar a sus hijas sin ayuda de nadie.

Luego, de alguna manera, el techo quedó reparado, y también la cerca, de modo que el ganado al pasar no pudiera devastar los pequeños canteros donde las niñas cultivaban

Librodot

cuidadosamente las flores salvajes de bosques y colinas. En la vecindad pareció surgir una súbita demanda de fresas, pues se difundió la historia de las pequeñas samaritanas de modo que, pese a reírse, la gente se interesó por las niñas y las ayudó de buen grado. De tal manera, las monedas guardadas en una tetera sin pico subieron como una marea plateada, y en los pequeños cerebros de las niñas giraron visiones de vestidos nuevos, y tal vez trineos.

Pero lo mejor y más maravilloso de todo fue que los ancianos caballeros no olvidaron las ovejas. Fue asombroso con cuánta rapidez y facilidad quedó todo hecho, una vez que quienes tenían la posibilidad de lograrlo estuvieron dispuestos y hallaron un medio. Ahora todos se interesaban : los conductores de diligencias ya no se burlaban; los guardafrenos dieron una mano con los baldes mientras se esperaban medios de alivio más perfectos, y el gruñón señor Weeds palmeó a Tilda y Patty en la cabeza, señalándolas a los forasteros como "esas buenas niñitas que pusieron en movimiento a la gente del ferrocarril". Desde el hotel venían niños a mirarlas, y Elviry Morris quedó llena de pesar por no tener participación en tan interesante caso.

Así fue como el balde de agua compasivamente ofrecido por ellas mantuvo vivo el recuerdo de una piedad tan necesaria, hasta que el lago corrió por el canal abierto para ese fin y en aquel camino ya no hubo sufrimiento.

El primer día en que se probaron las bombas nuevas, todo el mundo fue a verlas funcionar. Tilda y Patty llegaron antes que nadie, con delantales rosados y coronas de flores en los sombreros nuevos, en honor a ese día. Fue hermoso ver su satisfacción cuando el agua fue a llenar los bebederos, de donde las ovejas sedientas bebieron agradecidas. Las inocentes no sabían cuántas miradas de aprobación se posaban sobre ellas, que estaban sentadas sobre un tronco, con los fatigados brazos cruzados, dos bandejas de fresas a los pies y las caras resplandecientes de alegría ante el logro de su gran esperanza.

Poco después apareció un grupo proveniente del hotel. Era evidente que algo estaba por suceder, ya que niños y niñas no cesaban de asomarse detrás de los coches, para ver si venían. Tilda y Patty se preguntaron quiénes serían, pero permanecieron modestamente alejadas, sentadas sobre el tronco, y satisfechas al comprobar que todos gozaban del espectáculo tanto como ellas.

Se oyó un traqueteo en el camino; una carreta se detuvo detrás de la estación, y un muchacho excitado llegó corriendo por los rieles para comunicar a los demás niños el misterioso anuncio.

-Los traen, y son verdaderas bellezas.

-Supongo que serán más bombas o bebederos. Bueno, cuanto más sean, mejor -comentó Tilda, alerta a las posibilidades comerciales.

-Ojalá que esa gente no nos mirara de esa manera. Supongo que será por los delantales nuevos, con bolsillos -susurró la tímida Patty, ansiando poder ocultarse dentro de su viejo sombrero.

Pero ambas no tardaron en olvidarse de las bombas y los bolsillos, al aparecer por la esquina una procesión asombrosa. El señor Benson, tratando de no reírse, pero resplandeciente de calor y risa, conducía a un corderito muy blanco, con un moño rojo en el pescuezo. Lo seguía la señorita Alice que traía otro cordero con moño azul. Parecía muy seria, y se asemejaba más que nunca a un hada buena al presentar su pequeña

Librodot

sorpresa. La gente rió al verlos, pero todos parecieron comprender enseguida la broma, y quedaron muy silenciosos cuando el señor Benson levantó la mano y dijo, en tono tan serio como alegre

-Pequeñas, he aquí dos amigos de aquellos pobres animales, que han venido a agradecerles por su bondad y a demostrarles, según espero, que los ricos no siempre están demasiado ocupados divirtiéndose para recordar a sus vecinos más pobres... ¡Tómenlos, queridas mías, y que Dios las bendiga!

-Esta vez no olvidé a mis corderos, sino que estuve criando éstos para ustedes, y el señor Jacobs, con todo cariño, les ruega que los acepten -agregó la señorita Alice, mientras los dos bonitos animales eran conducidos hasta sus nuevas dueñas, agitando las colas y moviendo las narices de la manera más cordial, aunque, evidentemente, muy extrañados ante tal escena.

Tan asombradas quedaron Tilda y Patty, que enmudecieron de alegría, y sólo pudieron ruborizarse y palmear las lanudas cabezas, sintiéndose como si fueran personajes de cuentos. Los demás niños, encantados ante tan placentero final para esa bella historia, comenzaron a aclamar; los hombres agregaron sus voces vigorosas, mientras las damas agitaban sus parasoles, y todas las ovejas parecieron agregar al coro sus "¡Bee! ¡Bee!" de agradecimiento.

Librodot